

TEODORO LEÓN GROSS
BERNARDO GÓMEZ CALDERÓN (dirs.)

Diez articulistas para la historia de la literatura española



EDICIONES APM
COLECCIÓN MEMORIA





DIEZ ARTICULISTAS PARA LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

TEODORO LEÓN GROSS Y
BERNARDO GÓMEZ CALDERÓN (dirs.)



EDICIONES **APM**
COLECCIÓN MEMORIA





Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra –incluido el diseño tipográfico y de portada–, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los editores.

© De la edición: Ediciones APM, Fundación Manuel Alcántara, Asociación de la Prensa de Cádiz y Fragua Libros.

Primera edición: Diciembre 2009

Ilustración de portada: El ateneo del articulismo, David Navas-Teodoro León
Maquetación: *Antonio Santos - FotoyGrafos*

ISBN: 978-84-87641-41-1

Depósito legal: XXXX

Impresión: Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España. *Printed in Spain.*





ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
La tradición del artículo	11
MARIANO JOSÉ DE LARRA	
Beatriz Gómez Baceiredo y Fernando López Pan (<i>Universidad de Navarra</i>)	35
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN	
María Dolores Royo Latorre (<i>Universidad de Zaragoza</i>)	85
LEOPOLDO ALAS, <i>CLARÍN</i>	
Ángeles Ezama Gil (<i>Universidad de Zaragoza</i>)	127
MARIANO DE CÁVIA	
María Angulo Egea (<i>Universidad San Jorge</i>)	163
JULIO CAMBA	
Fermín Galindo Arranz (<i>Universidad de Santiago de Compostela</i>)	197
JOSEP PLA	
Arcadi Espada (<i>Universidad Pompeu Fabra</i>)	225
CÉSAR GONZÁLEZ RUANO	
Miguel Pardeza Pichardo (<i>Licenciado en Filosofía Hispánica por la Universidad de Zaragoza</i>)	261





MANUEL ALCÁNTARA Teodoro León Gross <i>(Universidad de Málaga)</i>	297
FRANCISCO UMBRAL Bernardo J. Gómez Calderón <i>(Universidad de Málaga)</i>	319
MANUEL VICENT Raquel Macciuci <i>(Universidad Nacional de La Plata, Argentina)</i>	345





MANUEL VICENT

Raquel Macciuci
Universidad Nacional de La Plata

Manuel Vicent ha contado fragmentos de su vida en numerosas entrevistas y artículos, pero fundamentalmente, se ha prodigado en los libros de memoria, cuatro hasta el momento¹. Aun cuando es sabido que las llamadas “narraciones del yo” no deben ser tomadas como una verdad irrefutable, contar con una perspectiva del propio escritor sobre su existencia complementa las referencias biográficas más objetivas y proporciona nuevas claves interpretativas de su obra.

El autor de *Contra Paraíso* nació en la Villavella, poblado de la provincia de Castellón, Comunidad Valenciana, en 1936. Las tierras propiedad de su familia le permitieron disfrutar de una infancia sin privaciones, aunque no le pasaron inadvertidas las penurias que la posguerra española sembraba a su alrededor. Su educación escolar transcurrió en la escuela primaria de su pueblo, bajo la tutela sucesiva de dos maestros, don Ramón y don Manuel. Más tarde, la decisión paterna de encaminarlo hacia la carrera religiosa determinó su internamiento en un colegio religioso, de donde fue expulsado luego de dos años, por lo que debió concluir la escuela media en el Instituto de Segunda Enseñanza Francisco Ribalta, de Castellón.

Se traslada luego a la capital valenciana para comenzar la carrera de Derecho, etapa en la que comienza a tomar conciencia de la índole política y moral de la dictadura de Franco y, consecuentemente, a sentir un creciente rechazo por el régimen gobernante.

¹ *Contra Paraíso* (1993), *Tranvía a la Malvarrosa* (1994), *Jardín de Villa Valeria* (1996), *Verás el cielo abierto* (2006). También *León de ojos verdes* (2008) tiene rasgos de novela autobiográfica o, mejor, autoficcional.





MANUEL VICENT

En 1960, poco después de obtener el título de abogado por la Universidad de Valencia, marcha a Madrid, según su propia explicación, movido por el deseo de ampliar su horizonte en un espacio más abierto, aunque la razón aducida ante sus progenitores fue realizar una supuesta especialización que nunca concretó². Con un futuro incierto por delante y sin oficio definido, retomó una incipiente vocación literaria que se había manifestado soterradamente en los años universitarios. Comienza a afirmarse en esta profesión con la publicación de su primera obra, *El resuello*, editada por Alfaguara (colección La Novela Corta Española Contemporánea). Pero el reconocimiento que será decisivo para el afianzamiento de su trayectoria llega en 1967 de la mano del Premio Alfaguara por la novela *Pascua y naranjas*.

Sin embargo –es interesante apuntarlo– a pesar del propicio comienzo en el campo clásico de la literatura a través de un género canónico como la novela, inmediatamente se orientó al ámbito de la prensa. El período tardofranquista lo encuentra matriculado en la Facultad de Periodismo y escribiendo en los últimos años del diario *Madrid*, el medio que entre 1966 y 1971 propugnó el retorno paulatino de España a la tradición democrática europea sin restar críticas al régimen, hasta que un decreto gubernamental ordenó su cierre.

Diferentes clases de colaboraciones preanuncian rasgos de su articulismo futuro: por un lado, análisis sobre política internacional, en la línea de la objetividad y circunspección del periodismo clásico³; por otro, las notas de sesgo burlesco de la sección “Cosa Nostra”, firmadas junto con Héctor Vázquez Azpiri, las cuales fueron anunciadas como “columnas de ‘política interior’ de las Letras, o si se prefiere, de ciencia ficción literaria”⁴ sobre la actualidad cultural española, en

² Si se atiende a la importancia que adquiere el anecdotario de los escritores en la construcción de una imagen pública y el carácter simbólico que el tiempo y la transmisión oral otorgan a los episodios iniciáticos, es muy significativa la versión establecida de su desembarco en el corazón de la capital española: suele recordar Vicent que llegó el 12 de octubre de 1960 y que en el café Gijón dijo que era más guapo que Marlon Brando y que había llegado a Madrid en avión.

³ Véase VICENT, M. (1969): “Un Vietcong para Oriente Medio”, en *Madrid*, 12 de marzo, p. 3.

⁴ Así se presentó el espacio en la primera página del diario del 13 de diciembre de 1969. La sección podía incluir subsecciones con encabezamientos diversos: “Rosario de la aurora”, “Cuerda de caminantes”, “Lista de cofrades”...





las que dominan el tono irónico y la mirada crítica y socarrona. Pautinamente su firma aparece en forma individual y con mayor entidad en la medida en que el diario dedica un lugar más destacado a la vida artística y literaria. Entre las nuevas columnas, debe mencionarse especialmente su crítica de arte en la sección “Cultura hoy”. Esta práctica tendrá una especial gravitación en su universo literario posterior, en el que plasmará no sólo conocimiento directo del circuito de galerías, museos y coleccionistas sino, sobre todo, su experiencia de sensible admirador de la obra artística.

Años más tarde su firma aparece en diferentes secciones de *Hermano Lobo*, la revista satírica surgida del mismo tronco editorial de la emblemática *Triunfo*. Entre 1972 y 1976 el nuevo medio dirigido por Chumy Chúmez se convirtió en el punto de referencia del humor antifranquista, después de desplazar a *La Codorniz*, publicación de posguerra pionera en la construcción de un humor impertinente, díscolo a las prescripciones del régimen.

En *Hermano Lobo* Vicent jugó un papel descollante y puede decirse que en sus páginas terminó de perfilar su condición de sagaz analista de la realidad política y el estilo irónico y mordaz que apuntaba en “Cosa Nostra” del diario *Madrid*. También retomó su interés por el arte; de forma ocasional firmó estas intervenciones con el pseudónimo El Malburu. Es digno de recordarse que en *Hermano Lobo* participó de la serie “Caperucita y los lobos” –publicada luego en formato de libro⁵ en la que Vicent representaba al Cazador, Cándido a la abuelita y Francisco Umbral a Caperucita. El mismo equipo también llevó adelante la sección de entrevistas “A media voz los dos”, en las que Vicent entrevistó, entre otros, a Felipe González, a Raimon y a las esposas de Marcelino Camacho y de otros dos dirigentes comunistas que estaban presos en Carabanchel.

Eran los tiempos de la declinación del régimen y de la trabajosa transición democrática, en los que Vicent se asienta en el oficio a la vez que profundiza su ruptura con los valores familiares heredados a través de un padre adusto, católico practicante y afecto al régimen. La adscripción al proyecto político de izquierdas lo convirtió en un fiel compañero de viaje de las organizaciones políticas, pero probablemente su filosofía hedonista y a la vez escéptica no lo ayudaron a convertirse nunca en un militante consumado; sin embargo, su verbo

⁵ Madrid: Ediciones A.Q., 1976.





MANUEL VICENT

cáustico y su mirada certera e implacable lo convirtieron en un cronista imprescindible de una época marcada por la aceleración de los tiempos históricos.

El afianzamiento de Vicent en el campo de la cultura española de los años setenta queda evidenciado por su participación en las dos últimas etapas de *La Codorniz*, desde julio de 1977 a diciembre de 1978. Bajo las sucesivas directrices, de Manuel Summers primero y de Máximo y Cándido después, y alternando su nombre con el pseudónimo Aymerich integró el equipo que, formado por otros reconocidos colaboradores de la desaparecida *Hermano Lobo*, intentó encontrar un patrón humorístico que se adecuara a las expectativas del lector de la postdictadura⁶.

Similares propósitos de reforzar la planta con firmas descollantes puede inferirse de la incorporación de Vicent como colaborador fijo en el último tramo de *Triunfo*, desde diciembre de 1979 hasta 1982. La experiencia de *Hermano Lobo* y algunas apariciones anteriores en el semanario dirigido por José Ángel Ezcurra propician que su presencia resulte una voz conocida y familiar. Entre sus colaboraciones destaca la sección fija a su cargo denominada “Detrás del espejo”, en la cual se publicó el relato “No pongas tus sucias manos sobre Mozart”, galardonado con el premio González Ruano de Periodismo en 1980.

Todas las tendencias apuntadas desde la llegada del escritor de la Villavella a Madrid se conjugan y potencian en *El País*. En este sentido, el diario creado por José Ortega Spottorno en 1976 es sin duda el medio en que Vicent da forma definitiva a su proyecto creador y el que identificará su hacer literario en soporte prensa. Desde los comienzos del famoso matutino, se incorpora al equipo de redacción, al que pertenecerá hasta hoy de forma ininterrumpida. En el presente constituye una referencia obligada su celebrada columna dominical, a la que se añaden diversas sesiones en las que retoma sus géneros predilectos, como el retrato o la crónica de viajes, siempre recreados con elementos renovados.

Es de rigor señalar que según la idea de formaciones que Raymond Williams (1986) propone para analizar los medios culturales, la pre-

⁶ En la etapa de Summers, la columna de Vicent es rescatada entre las pocas que consiguen despertar el interés de los lectores y bajo la dirección siguiente es considerado parte de los redactores que ofrecen un discurso renovado, lo que sin embargo no logra detener el declive de la revista (Prieto y Moreiro, 1999: 41).





sencia de Manuel Vicent en el que llegó a ser el diario más leído de España y el de mayor proyección internacional ha adquirido con el transcurso de los años un valor simbólico insustituible, que otorga al medio identidad y raíces. El escritor valenciano se ha convertido en una presencia emblemática para los lectores, que asocia su nombre a los años fundacionales de *El País* y a los complicados trances del cambio de régimen, cuando el periódico dirigido entonces por Juan Luis Cebrián era, en el campo del publicismo, el motor principal de la normalización de España.

Su firma aparece de forma estable a partir de 1977, con “Crónicas parlamentarias”, una suerte de relato por entregas, tamizado por su particular punto de vista, de los debates y peripecias de las sesiones del primer año de cortes democráticas. Su afilada pluma y su certera mirada acompañaron la decisiva batalla de la prensa por la consolidación democrática; sus elocuentes frisos de una sociedad entregada a una acelerada transformación retrataron unos años vivificantes y, al mismo tiempo, contribuyeron a forjar una mentalidad nueva, tolerante y cosmopolita.

Pero sería igualmente revelador explorar de qué manera el autor de *Crónicas urbanas*, al tiempo que captaba las mudanzas de la sociedad española de los setenta y ochenta, iba dejando señales del desengaño de una generación que imaginó diferente la salida del franquismo, “el boulevard de los sueños rotos” según palabras de Fernando Valls a partir de un verso de Joaquín Sabina (2003: 54-55). Es entonces cuando el escritor castellonense comienza a levantar sus propias defensas ante el naufragio de muchas de las expectativas de cambio alentadas en los años de la dictadura.

La memoria del trayecto queda resguardada tanto en las innumerables columnas como en significadas series que, bien en el matutino, bien en el suplemento dominical de *El País*, siguieron a “Crónicas parlamentarias”. Entre diferentes entregas que posteriormente fueron publicadas en libro, merecen nombrarse “Inventario de otoño”, “Daguerrotipos”, “La carne es hierba”, “Del café Gijón a Ítaca”, “Por el camino de la memoria”, “Espectros”.

No es posible ahondar en estas páginas sobre las razones del notable auge de los géneros literarios ligados a la prensa en los últimos años del franquismo y primeros de la democracia. Sin embargo, si se trata de Manuel Vicent, es suficiente volver sobre lo significativo de un trayecto en el que durante las décadas que transcurren desde *Pascua y naranjas* hasta la publicación en 1986 de *Balada de Caín* –casi coinci-





MANUEL VICENT

dentos con la transición política— no se registran géneros literarios canónicos (si es que la distinción todavía es pertinente). Su extensa obra en libro editada a lo largo de estos veinte años son antologías de artículos aparecidos previamente en medios periodísticos; es decir, el reconocimiento de su talento literario surge de la práctica en soporte prensa. En el tiempo que dura el período de alejamiento de los cauces clásicos de la república de las letras, es continua, intensísima e innovadora la producción en distintos medios gráficos que fueron clave en la construcción de una cultura antidictatorial y democrática. En esta época crucial para la historia de España y para su trayectoria literaria, Vicent termina de perfilar un estilo propio y de dar forma a los géneros que, con sello inconfundible, continúa cultivando y reinventado hasta el presente, integrados ahora con una importante serie de novelas y narraciones con las que ha regresado al circuito de los géneros literarios más canónicos, ligados al soporte libro.

La trayectoria periodística y literaria de casi medio siglo queda de manifiesto también en los premios recibidos: Alfaguara 1967 por *Pascua y naranjas*, González Ruano 1983 por “No pongas tus sucias manos sobre Mozart”, Nadal 1987 por *Balada de Caín*, Francisco Cerecedo de Periodismo 1994, Alfaguara 1999 por *Son de Mar*, Cartelera del Turia 2009 por *León de ojos verdes*. Otros importantes reconocimientos son la Medalla de Oro otorgada por la Universidad de Almería en 2008 y el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Castellón en 2009.

En el conjunto de modalidades aptas para el soporte prensa en que el escritor de la Villavella es referencia indudable (Chillón, 1999), sus columnas literarias han adquirido hoy perfil propio. En ellas confluyen numerosos géneros y registros, como el dietario y la narración autobiográfica, el relato breve o minificción, diversas suertes de ensayismo de contundente exactitud y composiciones cercanas al poema en prosa. Cualesquiera sean las variantes, la lengua literaria del autor de *Tranvía a la Malvarrosa* ha sido reiteradamente ponderada por la calidad de sus imágenes: “Vicent es, desde hace años el mejor constructor de metáforas de la lengua castellana” (Castro, 1994: 14); y por la capacidad de fusionar estilos considerados antagónicos: “Ha sabido crear Vicent una forma propia que subsume en una sustancia nueva dos impulsos se diría que irreconciliables: el periodismo y la lírica”. (Sanz Villanueva, 1996: 47)

Entre el periodismo y la literatura, la ironía y la intensidad poética, el escritor valenciano ha sabido reformular el perspectivismo





que fue recurso central de los cronistas y costumbristas del siglo XIX (Baquero Goyanes, 1963). Vicent retoma esta línea con alcance más complejo y somete los objetos y los hechos a una luz nueva y a un orden imprevisto, que revelan al lector un costado diferente u olvidado de las cosas. La metáfora inusitada, la concatenación de seres, objetos y cualidades que se rechazan en el orden cotidiano, no surgen de una imaginación desbordada sino de la observación y re-creación inteligente de la realidad.

La recurrencia de la figura de la paradoja y de la antítesis como procedimiento singularizador de su prosa autoriza a hablar de una estética del oxímoron⁷. Mediante la “fusión de contrarios”, “provocadora, incluso impertinente”, “poniendo en fila cosas tan dispares, realidades que tenemos clasificadas como irreconciliables, [*Vicent nos da*] la radiografía de unos tiempos confusos” (García Remiro, 1994: 53).

Con la brevedad que requiere esta presentación, puede afirmarse que la escritura vicentiana muestra dos vertientes principales: una de clara genealogía carnavalesca que recurre a la caricatura, la ironía y la sátira, y otra de depurada estirpe y exquisita sensualidad.

Belleza y grotesco, mordacidad y lirismo son cara y ceca de una misma actitud moral y de una única voluntad estética refrendadas semanalmente en las páginas del periódico. Al día de la fecha, después de haber permanecido fiel al mismo medio durante más de tres décadas, la voz de Manuel Vicent en *El País* ofrece, junto a las incontestables cualidades de su lengua literaria, el valor añadido de una afinada observación del mundo. En sus columnas el lector encuentra la lúcida mirada de un observador del siglo XXI que no ha perdido las pulsaciones de los años posdictatoriales ni la memoria del periódico fresco, pequeño, apasionado, temerario e independiente de los inicios.

Bibliografía

BAQUERO GOYANES, M. (1963): *Perspectivismo y contraste (De Caldaso a Pérez de Ayala)*. Madrid: Gredos.

⁷ He tratado en particular esta cuestión en Macciuci, 2000 y 2008.



MANUEL VICENT

- CASTRO, A. (1994): “Páginas escogidas de Manuel Vicent”, en VV. AA.: *En torno a ‘Contra paraíso’ de Manuel Vicent*. Zaragoza: Diputación General de Aragón-Ministerio de Educación y Ciencia.
- CHILLÓN, L. A. (1999): *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. Bellaterra-Castellón de la Plana-Valencia: Universitat Autònoma de Barcelona- Universitat Jaume I-Universitat de València.
- GARCÍA REMIRO, J. L. (1994): “Manuel Vicent, desde su columna”, en VV. AA.: *En torno a ‘Contra paraíso’ de Manuel Vicent*. Zaragoza: Diputación General de Aragón-Ministerio de Educación y Ciencia.
- MACCIUCI, R. (2000): “Contra la clasificación: La literatura de Manuel Vicent”, en SEVILLA, F. y ALVAR, C. (eds.): *Actas del XIII Congreso Internacional de Hispanistas*. Madrid: Castalia.
- (ed.) (2008): *Literatura, soportes, mestizajes. En torno a Manuel Vicent, Número monográfico. Olivar, Revista de literatura y cultura españolas*, 12, 2º semestre.
- PRIETO, M. y MOREIRO, J. (1999): *‘La Codorniz’. Antología (1941-1978)*. Madrid: EDAF, 3ª ed.
- SANZ VILLANUEVA, S. (1996): “Nihilismo radical”, en *Revista de Libros*, 10, p. 47.
- VALLS, F. (2003): *La realidad inventada*. Barcelona: Crítica.
- (2006): *El artículo literario. De Francisco Ayala a Javier Cercas*. Cuenca: Cuadernos de Mangana.
- VICENT, M. (1988): *Arsenal de balas perdidas*. Barcelona: Anagrama.
- (1993): *A favor del placer*. Madrid: El País-Aguilar.
- (1996): *Jardín de Villa Valeria*. Madrid: Alfaguara.
- (1998): *Las horas paganas*. Madrid: Alfaguara.
- (2004): *Nadie muere la víspera*. Madrid: Alfaguara.
- (2007): *El cuerpo y las olas*. Madrid: Alfaguara.
- VV. AA. (1994): *En torno a ‘Contra paraíso’ de Manuel Vicent*. Zaragoza: Diputación General de Aragón-Ministerio de Educación y Ciencia.
- WILLIAMS, R. (1981): *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós.

ANTOLOGÍA DE ARTÍCULOS⁸**Cine Rialto⁹**

Cuando yo era niño, el No-Do llegaba al cine Rialto de mi pueblo con seis meses de retraso. En aquellos noticieros aprendí que la esencia del arte consiste en sacar la realidad de su lugar establecido. En las noches ateridas de invierno, en el No-Do se veía la Concha de San Sebastián repleta de bañistas; en cambio, en las noches de agosto en el cine de verano, el noticiero mostraba la cabalgata de los Reyes Magos a su paso por Cibeles, llena de niños con gorritos de lana y una nubecilla de niebla en el hocico. Mientras algunos espectadores en camiseta de imperio bajo las estrellas comían sandías, en la pantalla aparecían estaciones de esquí, pueblos aislados por la nieve y los efectos de una ola de frío polar que había azotado el litoral mediterráneo. Franco mandaba. En el No-Do, hiciera frío o calor, su autoridad nunca variaba. Entonces yo creía que aquel hombre pertenecía a un or-

⁸Las columnas seleccionadas aparecieron primeramente en el diario *El País*, en soporte papel, acompañadas de la versión digital cuando se instrumentó el medio electrónico, en la década de los noventa. Más tarde fueron publicadas en libro, versiones en las que se basa la presente edición, por ser las últimas y contar con la conformidad del autor. Se ha buscado que las columnas seleccionadas operen como una referencia de las restantes variantes del articulismo literario cultivadas por el autor (retrato, crónicas de viaje, cuento...). Se aspira a reunir un dechado de los temas y motivos que identifican a los textos vicentianos así como a inventariar los diferentes registros que singularizan su depurada prosa, rica en imágenes e intuiciones líricas, en ironías sutiles e invectivas mordaces, transitada a menudo por un humor lúcido y estimulante. Se ha tratado, por último, de representar distintos momentos de un columnismo que, si se considera únicamente *El País*, el medio que más identifica a Vicent, ha practicado durante más de treinta años. El plano-guía para reconstruir el itinerario han sido las compilaciones aparecidas en libro, desde *Arsenal de balas perdidas* hasta la fecha.

⁹*El País*, 26 de noviembre de 1976, recogido luego en *Las horas paganas* (1998: 255-256). Esta columna es muy representativa de la estética de Manuel Vicent. Muestra su capacidad para narrar historias muy concentradas, para contar el mundo a través de imágenes y ejercitar la memoria histórica mediante un discurso lírico sin caer en la nostalgia ni perder la carga crítica. Asimismo, el texto pone de relieve la importancia que el cine tuvo para su generación, más aún para un escritor en cuya poética las imágenes constituyen un elemento esencial. Por último, el entrecruzamiento de realidad y ficción y la posibilidad de transfigurar lo cotidiano en arte a partir de la mirada constituye una piedra sillar de su programa estético.





MANUEL VICENT

den inmutable de las cosas, mucho más férreo que la propia naturaleza, puesto que los solsticios se equivocaban de tiempo, pero aquella gorra de plato era perenne y jamás se movía. En invierno salían playas ardientes. En verano nevaba. Una noche de agosto, bajo un calor agobiante, en el cine se armó un botín. Aquel noticiero con la ola de frío polar lo habían repetido durante tres semanas. De pronto, los espectadores comenzaron a arrojar botellas y cortezas de sandía contra la pantalla en medio de una gran variedad de improperios. El dueño del local salió a dar la cara totalmente borracho. Se subió a un bidón y desde allí, con la boina en la mano, pidió disculpas: “Señores, lo siento, me ha sido imposible traer otro No-Do porque, debido a esa gran nevada que ha caído en Valencia, todas las carreteras están cortadas”. Esa noche el termómetro marcaba 34 grados. Igual que aquel borracho, yo también creía en el No-Do. Desde entonces comencé a sospechar que la ficción estaba en la vida y no en la pantalla. En aquellas noches de cine de verano también imaginé que ser artista consistía en cambiar los solsticios y equinoccios de lugar.



Alta mar¹⁰



Al mediodía en alta mar, el cocinero echó dos dientes de ajo en la caldereta sobre el aceite hirviendo, y este hombre no era ningún dios, pero con el sofrito que estaba preparando a bordo volvió a crear el mundo. Navegábamos en silencio. Mientras las redes de esta barca de pesca trabajaban en el fondo del agua, los marineros en cubierta dormitaban bajo aquella luz de harina que borraba todos los perfiles, incluidos los de la memoria, y yo iba recostado contra la borda entre azules primordiales sin pensar nada. La historia no había existido nunca, y tampoco se veía ningún velero en el horizonte, aunque en ese instante vagamente yo recordaba el relato de un viejo mercader llegado de Fenicia que comerciaba con corales y fábulas, con creencias y perfumes voluptuosos. Él contaba hace mucho

¹⁰ *El País*, 18 de marzo de 1990, y *A favor del placer* (1993: 233-234). El mar Mediterráneo constituye en la obra vicentiana un espacio físico y simbólico primordial; es por tanto una vía privilegiada para comprender su programa estético y su filosofía vital.





tiempo en los malecones del sur las hazañas de ciertos dioses, los crímenes que los hombres cometieron en el pasado. Tal vez en tierra hubo un paraíso, pero en este instante celeste por la banda de estribor llegaba un perfume de calamares que se extasiaba alrededor de la toldilla. Con la cuchara de palo, el cocinero removía la salsa de tomate, y la barca navegaba seguida por una pareja de delfines. Tal vez era cierto que en las costas de la antigüedad muchos héroes se habían degollado para alcanzar la gloria. Entre otras hermosas mercancías, aquel viajero fenicio vendía un pellejo de cabra donde alguien había grabado al fuego algunos sueños. Los salmos de Isaías, la batalla de Salamina, la filosofía aristotélica, el edicto de Constantino, los versos de Petrarca, la doctrina de la predestinación, el discurso del método, la teoría de Adam Smith, el *Manifiesto comunista*. Ahora el cocinero en alta mar añadía una pizca de azafrán al caldo que había formado el rape, un puñado de almejas y algunos peces de roca. En la superficie de la caldereta comenzaron a germinar las primeras burbujas de la creación. Cuando esta materia primigenia acabó de perfumar toda la brisa, el cocinero echó el arroz y en cubierta el mundo tomó la primera forma.



El olfato¹¹

En este valle los romanos levantaron un altar a Diana junto al bosquecillo de manzanos cuyo aroma en otoño sustituía al incienso, y al final de un barranco lleno de alacranes y hierbas de anís hay una cala muy azul que guarda los gritos de tu niñez. Desde allí se divisa no muy lejos el castillo dormido, algunas espadañas de la pequeña ciudad deshabitada. Bajo el humo dorado pasaba el rebaño de cabras dejando un rastro de hedor bravío entre las flores silvestres que habían brotado de una tumba sobre la cual un día libraste una batalla de amor. Hace mucho tiempo que el mundo ha terminado. Ya

¹¹ *El País*, 1 de abril de 1990, y *A favor del placer* (1993: 241-242). Vicent concede a los sentidos un lugar privilegiado para captar la realidad y transmitir experiencias, su prosa es una revelación del mundo a través de sensaciones, aromas, luces... por lo cual reviste especial significación la serie de columnas “El tacto”, “El olfato”, “El oído”, “El gusto”, “La vista”, reunidas más tarde en *A favor del placer* bajo la glosa “Apuntes de los cinco sentidos”.





MANUEL VICENT

nadie existe aquí. En la pequeña ciudad del litoral quedan las ruinas de un templo, de varios palacios, del prostíbulo legal, de un teatro, de la biblioteca municipal, de algunas tahonas, y cada uno de estos recintos derruidos conserva el perfume que fue tu alma. Después de tantos siglos de silencio donde quiera que estés, muerto o resucitado, tú no eres sino el conjunto de aromas que aspiraste mientras vivías. Huelen todavía a paja quemada las tardes de verano. El aire húmedo que precede a las tormentas, la esencia de tierra mojada cuando el aguacero ha pasado, el vapor de mucosa materna que despiden las algas podridas en aquella cala azul, el tufo cabrío del ganado contra el espliego, el incienso de los manzanos junto al altar de Diana, permanecen aún en este valle esperando que vuelvas. También en la ciudad vacía están en pie como firmes sillares los aromas que sustentaron tu vida. Los lápices Alpino, cuya fragancia va unida al sabor del chicle de fresa, aún fermentan el aire estancado del aula de primaria. El moho de la capilla penetrado por los cirios, la fetidez del urinario que inunda la sala de billares, el alcanfor en los armarios cerrados, el desodorante de los cines, la miel que derraman las librerías de viejo, todos esos perfumes que fuiste forman parte de tu propia resurrección. Sobre aquella tumba cubierta de flores silvestres, tu carne volverá a brotar cuando el viento te traiga otra vez a este valle junto al altar de Diana.

Las horas¹²

Dice un panadero gallego: “El tiempo lo ha hecho Dios”; nosotros sólo hacemos las horas”. Cree este panadero que en el otro mundo también hay tahonas y que él después de muerto seguirá haciendo pan. Si esto es así, alguien en el más allá tendrá que preparar primero el barbecho y luego sembrar trigo y segarlo cuando llegue el verano. Trato de imaginar cómo será una molinera muy carnal vestida de domingo paseándose entre las vagas estrellas. ¿Habrán erizos

¹² *El País*, 14 de diciembre de 1997, y *Las horas paganas* (1998: 211-212). La columna tiene también un valor programático, en ella Vicent expone dos impulsos básicos de su universo personal: la reducción de lo trascendente a una dimensión humana y cotidiana que permita al hombre encontrar una armonía entre sus deseos y el redescubrimiento mundo cercano como una fuente de placeres sencillos.





DIEZ ARTICULISTAS PARA LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

de mar en el más allá? Si me porto bien en esta vida, ¿podré degustar pimientos asados en la patria celestial con mis amigos? Me adhiero incondicionalmente a una eternidad donde se oiga cada día la sierra mecánica del carpintero y la flauta del afilador. El silencio es el pensamiento abstracto por excelencia. Quienes están negados para nada que no sea limitado y sensible no conciben una muerte dentro de la cual no sigan sonando las horas en todos los relojes y no canten los gallos al amanecer. Sería muy sugestivo que en el otro mundo también hubiera trenes entre cementerios de países lejanos y que en sus vagones viajaran bellas mujeres solitarias. Si la muerte fuera una campa infinita el pitido del tren la mediría de noche, cuando la cruzara con las ventanillas iluminadas con un amor de ojos verdes asomando. Quedemos en que en el paraíso podría haber un pan hondo y perfumado que fabricaría ese industrial gallego y otras cosas sublimes pero no tan difíciles de conseguir: un bar como el Sardine Club de Chicago donde cantara Ray Charles; una puesta de sol en la reserva del Serengeti, sobre las verdes colinas de África para poder sentarse en una terraza junto a Ava Gardner vestida de caqui y tomar un martini mientras las fieras copulan; una lectura solitaria sin ningún idiota alrededor. Si estos actos de placer se pueden realizar en la tierra convendrán conmigo en que no es necesario morir. Dejemos que Dios haga la eternidad. Algunos nos conformamos con hacer eterna una de esas horas del panadero gallego. Marchando una de calamares.

Nela¹³

Bajo un naranjo acabamos de enterrar a Nela, una perra que nunca ladraba a los mendigos que venían a pedir limosna ni a ningún

¹³ *El País*, 31 de agosto de 1997, y *Las horas paganas* (1998: 277-278). Los animales son habitantes privilegiados de las páginas de Manuel Vicent porque constituyen una parte esencial del equilibrio del universo y una fuente de aprendizajes. Los pasajes dedicados a trazar un paralelo entre la belleza, la bondad o la malicia del reino animal y el de los hombres, constituyen un capítulo ineludible de la obra vicentiana, complementario de sus proverbiales críticas a la caza deportiva y a las corridas de toros. En este campo de significaciones, adquiere especial relevancia la serie dedicada a los perros que lo acompañaron en distintos momentos de su vida, adornados con las virtudes de la generosidad y la nobleza.





MANUEL VICENT

otro desconocido. Estoy seguro de que habría movido también el rabo a cualquier ladrón que hubiera entrado en casa. Sólo ladraba a la luna llena, a las mariposas, a las lagartijas e incluso a las flores nuevas que veía en el jardín. A Nela le gustaba olisquear las plantas y jugar con los niños, pero tuvo la mala suerte de compartir los últimos años con Tobi, un chucho golfo recogido en la calle bajo las ruedas del coche, que se ha visto obligado a ser extremadamente gracioso para abrirse un hueco en nuestras vidas. No obstante, los ladridos de Nela habrían llegado a los cinco continentes. Mientras hablaba por teléfono a veces con Buenos Aires, Sydney o Nueva York, mi interlocutor, que oía siempre ladridos de fondo, solía preguntarme qué le pasaba al perro. Yo contestaba: “Es Nela, que está ladrando a la primera rosa que ha brotado en el jardín esta primavera”. La biografía de muchas personas se compone de los perros que han pasado por su vida. Cada perro sintetiza la memoria de unos años. Mis primeras lágrimas se debieron a aquel perrillo sin nombre, compañero de niñez, que murió aplastado por un camión. Después, el Chevalier fue mi amigo inseparable en la adolescencia y a él llevo asociadas lecturas de Salgari, baños en la playa, canciones de Machín. La perra Lara, una inglesa nacida en Kensington, me enseñó a ser un caballero en medio de la caspa del último franquismo y con ella atravesé la transición a la democracia. Nela llegó con los socialistas, y enseguida se puso a ladrar a la luna y a cualquier cosa bella e inanimada. Ahora el silencio de sus ladridos será para siempre un espacio cerrado en casa. La acabamos de enterrar bajo un naranjo. Le hemos adornado con flores las orejas, y en la fosa, junto a su cuerpo, hemos colocado frutas y semillas de muchas clases para que broten con su recuerdo en primavera. *Nela* era una cocker de color miel.

Jardinero¹⁴

Dos horas a pie por la vereda tenía que caminar don Diego Álvarez de Toledo y Prieto-Villegas, un indio maya que así se llamaba,

¹⁴ *El País*, 13 de junio de 1999, y *Nadie muere la víspera* (2004: 109-110). En muchas ocasiones la columna contiene un relato breve. El autor utiliza el formato para condensar una materia narrativa con todos los requisitos del cuento: concentración





DIEZ ARTICULISTAS PARA LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

hasta llegar a casa del ama Teresa donde cuida el jardín. Vestido de blanco, con guaraches y jorongo, este indio diminuto con nombre de conquistador llegó aquella mañana un poco demorado al trabajo. Había pasado toda la noche en la sala de espera del hospital donde su hijo Dieguito, de tres años de edad, había sido internado con urgencia por una fiebre súbita con vómitos. El criado don Diego Álvarez de Toledo con el sombrero en la mano y sin levantar la vista del suelo pidió excusas a su ama por la tardanza. “Dispense, señora –murmuró– pues hasta las ocho no ha salido el doctor para decirnos que Dios se había llevado al cielo a Dieguito”. La señora, que no poseía ni un tercio de apellidos que su jardinero, quedó compungida al saber que aquel indito maya había andado tanto camino para decirle que su hijo había muerto esa mañana y viéndolo entero y sin lágrimas dispuesto a trabajar ese día en el jardín pese a que Dieguito le esperaba metido en una caja blanca, pensó qué grado de insensibilidad no tendría aquel ser ante la muerte. Tal vez esta pobre gente estaba tan acostumbrada a sufrir que la dulzura en el rostro engendrada por el dolor se confundía con la vida. “Por Dios, váyase usted, don Diego, a enterrar a su hijito”. Pero el jardinero le contestó que las rosas también le necesitaban. Sin duda aquella señora no estaba capacitada para distinguir qué era resignación, qué era fidelidad, qué era amor a un hijo muerto, que era amor a las rosas vivas. De hecho el criado maya don Diego Álvarez de Toledo estuvo trabajando todo el día en el jardín. Extendió el mantillo y trasquiló la hiedra mientras a dos horas de camino en el poblado su familia también adornaba al muertito con su traje blanco, con guirnaldas de papel de colores y algunas medallas. Al terminar la jornada el criado pidió permiso a su señora para cortar las seis mejores rosas del jardín. Cuando el sol ya doblaba se vio caminar por la vereda a don Diego Álvarez de Toledo y Prieto-Villegas que volvía a casa con las flores

del argumento, efecto final, economía expresiva. En estos casos suele optar por una tercera persona distanciada que marca una diferencia con el personalismo propio de la columna literaria. Normalmente la historia encierra un sentido simbólico que trasciende la anécdota. En este caso, Vicent confronta dos mundos, dos culturas distanciadas menos por el abismo material que por la actitud ante la vida, ante el dolor y la muerte: estereotipada una, intensa e intransferible la otra. El cuento transmite una emoción contenida porque el lenguaje logra adecuarse al silencioso duelo del indio protagonista, lo que puede leerse como un manifiesto poético acerca del lugar y la expresión de la tragedia en la vida y la literatura. Dicho con palabras del propio autor, es preciso reservar un especiero para las lágrimas.





MANUEL VICENT

en la mano apurado por llegar a la hora del entierro. Nunca un hijo tuvo en su muerte unas rosas mejor cultivadas. Caminaba vestido de blanco sin lágrimas, con polvo en los guaraches de una tierra que nunca sería suya, con una dulzura en el rostro que siempre sería la de toda la humanidad que se dolía.

Pecado¹⁵

Pese a que el sexo no es más que un pequeño calambre, a él se deben los grandes dramas de la personalidad, neurosis, tabúes, castraciones, culpas, muertes por lapidación, condenas al fuego eterno, aparte de otros problemas, entre los cuales no es el menos grave el que cada día sea más difícil aparcar, puesto que a ese ligero calambre se debe el que este mundo esté al completo. De noche en la selva se oyen sin cesar los gritos desgarrados que lanzan las fieras: unos nacen de la agonía de la caza y otros del éxtasis del apareamiento, pero todos suenan con la unidad de muerte y placer, confundidos con los latidos de la tierra. El sexo impera también sobre las multitudes que se congregan en las gradas de los estadios, en las tinieblas de las discotecas y en las naves de los templos durante las respectivas ceremonias y allí expele un fluido magnético para crear el alma colectiva. Si el sexo es un oficio religioso que ejercen con absoluta naturalidad todos los animales, no se comprende por qué la Iglesia, cuando ese calambre atañe a los humanos, se arma semejante bo-

¹⁵ *El País*, 10 de febrero de 2002, y *Nadie muere la víspera* (2004: 263-264). La deconstrucción de los tabúes alrededor del sexo emanados de la tradición judeo cristiana y el recurso del humor para subvertir las ideas establecidas son marcas inequívocas de la escritura de Vicent. En consecuencia, deben tener un lugar obligado en una muestra de su columnismo literario. La vena punzante y la ironía cáustica encuentran en la iglesia católica un objeto satírico recurrente en toda su obra; el autor pone de manifiesto la huella que la rígida moral de nacionalcatolicismo dejó en los niños de la posguerra. El descentramiento o la inversión de los valores y creencias que la costumbre o los preceptos tienen por verdades invariables –en este caso la vigilancia de la sexualidad– dibuja un quiasmo con la figura complementaria: la naturalización del impulso erótico y la colocación del hombre en la cadena de los seres vivos, junto con las fieras y los insectos, operación mediante la cual el autor re-situó el problema en un orden básico y universal que obliga al lector a pensar los debates desde otro ángulo.





DIEZ ARTICULISTAS PARA LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

doque en la cabeza por un problema que tienen resuelto hasta los escarabajos y los mínimos insectos. Y encima la Iglesia llama pecado nefando a este nudo de carne que se realiza entre personas del mismo género sin tener en cuenta que la ambigüedad del sexo está incluida en el misterio de la Santísima Trinidad y aparece explícita en todos los altares. Imagínese qué pensarían los socios si alguien exactamente igual a un Sagrado Corazón de Jesús con las mejillas doradas, la mirada lánguida, la túnica roja, con el propio corazón en la mano coronado de espinas, sangrando y envuelto en llamas presidiera el consejo de administración de una compañía de cementos o entrara así en una discoteca la noche del sábado. Y, no obstante, esa es la imagen de Dios, travestido, al que se obliga a adorar. En las hornacinas de los templos no hay santo que no se asemeje por sus trazas a un dulce homosexual. Si es una virgen, el imaginero la habrá vaciado de pechos y vísceras, dotándola con la silueta de efebo con un manto de núbil romana y si es un mártir o confesor lo habrá captado en el punto exacto de torsión corporal que está pidiendo un almohadón e incluso una cama. El éxtasis de Santa Teresa esculpido por Bernini indica que la mística y el sexo no están separados. Ese pequeño nudo de placer te ata a Dios y a todos los insectos, pero si alguien prefiere otra modalidad de amor más rara, ahí está el sexo de los ángeles.

Hiedra¹⁶

En esta colonia de Madrid donde vivo hay varias guarderías y a veces en el silencio de media mañana el canto de los pájaros se confunde con los gritos de los niños. Cuando a primera hora salgo a comprar el periódico los veo embutidos en el anorak y la bufanda, tirados del brazo por las madres, que hacen todo lo posible por con-

¹⁶ *El País*, 24 de febrero de 2002, y *Nadie muere la víspera* (2004: 205-206). Es esta una de las muchas columnas de Vicent encuadrables en los géneros del yo. Entre el dietario y el discurso autoficcional, el autor adopta una primera persona con fuerte anclaje biográfico, reforzado por déicticos y coordenadas espaciales temporales: “esta colonia”, “desde hace algunos años”... Se aprecia también un rasgo sobresaliente de la poética vicentiana, el contraste, la fuerte oposición entre la niñez ávida





MANUEL VICENT

testar a sus preguntas reiterativas. En la colonia también hay una residencia de ancianos. Desde hace algunos años me cruzo en la acera con un viejo con las piernas cortadas a ras de la cadera, que ahora es paseado en su silla de ruedas por un joven ecuatoriano, que en el trayecto alrededor de la manzana le habla de cosas muy dulces. Bajo una acacia de esta colonia suele acampar un vagabundo muy atractivo que se pasa el día hablándose a solas con palabras inconexas que, tal vez, son respuestas a unas preguntas que le formulan los muertos dentro de su alma y que él contesta en voz alta para que le oigan. Camino de la guardería los niños se interesan sobre todo por los perros cuyos nombres ya conocen y las madres los acercan a las cancelas para que dialoguen con ellos de igual a igual, a nivel de la naturaleza. La colonia es muy silenciosa pero está orillada por una calle con un tráfico infernal, que es como lo más sucio de la vida que uno debería dejar atrás, y el anciano de las piernas cortadas tiene que atravesarla en la silla de ruedas antes de entrar en este espacio donde cantan los niños y los pájaros. Ayer pasé por su lado en el momento en que el sirviente ecuatoriano lo estaba arriando a una tapia cubierta de hiedra para que el anciano pudiera contemplar de cerca las hojas lavadas por una lluvia reciente, ahora iluminadas por un tierno sol de febrero. Mientras las acariciaba con ambas manos el anciano descubrió bajo su verde esplendor un negro trenzado de garras con que la hiedra se pegaba a la tapia y entonces el joven sirviente le dijo: “Así hay que agarrarse a la vida, se-

y curiosa y la vejez castigada y desfallecida. En el medio, otro motivo recurrente: los tipos anónimos, humildes, “pobres” suele decir el autor recuperando la crudeza de un término hoy reemplazado por eufemismos. Sin embargo, esos pobres suelen dar ejemplos de fortaleza, cordialidad y sabiduría, como sucede en este caso con el acompañante ecuatoriano. Además, el breve relato encierra el reconocimiento frecuente del escritor de La Villavella a la lengua castellana que se cultiva en algunos lugares de Latinoamérica no contaminados por el adocenamiento de los medios de comunicación. El texto tiene un interés añadido porque dos semanas después de su publicación el médico Javier Aboin Massei, en la sección Cartas al Director de *El País*, recordó el episodio narrado por Vicent para ponderar el trabajo que los emigrantes sudamericanos realizan con los ancianos. A su vez, el hecho fue retomado en una nota posterior de Pablo Ordaz sobre los cuidados que requieren los mayores. Los tres textos ponen de manifiesto la dinámica de ida y vuelta y la inmediatez del diálogo que se establece entre un escritor de prensa y sus lectores, a la vez que subrayan la función referencial de la literatura y el estatuto híbrido, entre la ficción y la información, de la prosa periodística.





ñor, que en las manos de uno está el vivir o no vivir”. El anciano de las piernas cortadas contestó: “Ya no puedo”. Pero el joven sirviente le siguió insinuando suavemente al oído que atendiera al sonido de los mirlos, a los ladridos de los perros, a los gritos de los niños, a las voces con que el mendigo contestaba a los muertos. Compré el periódico y de regreso venía leyendo su primera página ensangrentada por un vil atentado y al pasar de nuevo junto al viejo cortado por la mitad el sirviente le decía: “Agárrese a la vida y no se aflija, señor, que pronto será primavera”.

Bodegón¹⁷

Mientras España en el siglo XVII conquistaba medio mundo y sus naves iban cargadas de oro por mares nunca antes navegados, aquí en el solar patrio los artistas pintaban bodegones con cardos, nabos y miserables sardinas, con mendrugos y algunas nueces esparcidas sobre un paño de estameña. En las colonias había toda clase de frutas tropicales, de lujuriosas pulpas; en cambio, aquí los grandes banquetes se remataban con pan de higo y con unos membrillos que no se habían movido desde los tiempos de Abraham. En los bodegones, a veces, sobre un fondo oscuro solía aparecer también una perdiz ensangrentada como lujo supremo. En aquel tiempo nuestros hidalgos tenían la cabeza poseída por la gloria y el estómago lleno de telarañas; el terciopelo raído cubría sus sueños de grandeza y en los arcones guardaban los títulos nobiliarios junto a un pedazo de tocino. Pese a tanta miseria, no hay nada más elegante que uno de aquellos bodegones de Juan van der Hamen, que aho-

¹⁷ *El País*, 23 de octubre de 2005, y *El cuerpo y las olas* (2007: 137-138). El mundo del arte constituye un tema medular en la obra de Vicent. En innumerables artículos, desde sus tempranas columnas del diario *Madrid* hasta la novela *La novia de Matisse* (2000), se trasluce su sostenido intercambio con el circuito de galerías y exposiciones y, fundamentalmente, la imbricación esencial de la pintura con su proyecto vital. La columna seleccionada muestra que su relación con la plástica está lejos de ser una actitud contemplativa e intelectual; en conformidad con su voluntad de que la realidad no se desvincule de la vida, a partir de una pintura del siglo XVII se despliega una apreciación estética y una reflexión sobre la historia de España.





MANUEL VICENT

ra se exponen en unas salas del Palacio Real¹⁸. A Sánchez Cotán también le bastaba con pintar un cardo para expresar toda la profundidad de la materia, que no podía separarse de la filosofía de la vida, y Zurbarán consiguió sacar a la superficie el alma del Siglo de Oro con cuatro limones sobre un frutero. Visitar la exposición de Van der Hamen resulta un ejercicio muy ascético. En medio de tantos mármoles, salones, alfombras, lámparas y cortinajes del Palacio Real el espectador se enfrenta, de pronto, a un pan de higo, a un nabo y a un arenque. Uno piensa: el esplendor desmedido de este palacio, levantado ya en plena decadencia, no se correspondía con el poder efectivo de España en el mundo; en cambio, la conquista de América, con todos los actos de heroísmo y brutalidad deslumbrada, fue realizada por unos seres alimentados con pucheros revenidos cuyas hortalizas miserables fueron pintadas previamente por Van der Hamen, por Sánchez Cotán y por Zurbarán. Después de visitar la exposición de bodegones me senté en la terraza de un café de la plaza de Oriente y frente a la regia fachada pensé: puede que ese Palacio Real sea falso, pero, sin duda, los cardos y los nabos de Van der Hamen son auténticos, porque en ellos se sustancia todo nuestro Siglo de Oro. Al potaje de esas hortalizas sabe el teatro de Calderón, la mala uva de Quevedo y la resignada sabiduría de Cervantes; en cambio, cuando llegaron a este palacio los bodegones flamencos llenos de copas de oro, ese oro había sido nuestro y España ya no era nada.

Azcona¹⁹

La Cartelera Turia de Valencia es la última bandera que resta todavía de aquella forma republicana de vivir, de gozar, de discernir y blasfemar. Esta revista está conducida por una tropa de alegres ciudadanos

¹⁸ En un gesto característico del articulismo desde el siglo XIX y del dietario, el autor proporciona las coordenadas concretas de una circunstancia verificable y cercana (la exposición antológica del pintor español de origen flamenco Juan Van der Hamen instalada en el Palacio Real de Madrid entre 20 octubre de 2005 y el 22 de enero de 2006) en la cual se sitúa como testigo y protagonista. A partir de un discurso en primera persona muy subjetivado otorga al texto el valor de crónica y de testimonio.

¹⁹ *El País*, 8 de julio de 2007, y *El cuerpo y las olas* (2007: 269-270). El retrato –o ‘daguerrotipo’– y la semblanza biográfica, son dos géneros afines que Vicent ha re-





DIEZ ARTICULISTAS PARA LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

anarco-eróticos, anticlericales y radicales-libres, que estrella cada semana su frente contra el pensamiento correcto, la moral ordenancista y la basura burocrática. Es mucho más que una cartelera de cines, teatros y restaurantes valencianos. En su redacción está prohibido ser dispéptico, estreñado, llevar paraguas negro y la barba por dentro. En ella alienta todavía la pólvora de la traca y se respira el aire feliz del 14 de abril. El lector oirá el taconeo de la Niña Bonita a poco que pegue la oreja en cualquiera de sus páginas como hacían los indios en el suelo de la pradera. Todos los años, cuando el calor de julio saca el alcanfor de las alcantarillas de la ciudad, la Turia celebra una fiesta bajo las estrellas y reparte unos premios a la gente de la cultura que se haya portado bien, según sus gustos. No hay forma de que se equivoque nunca. Este año ha concedido el premio de honor a una vida de creación a Rafael Azcona. Conozco a muy pocas personas que sean todo proteína, todo magro, sin una pizca de tocino, cuyo talento no baje nunca la guardia. Rafael Azcona es uno de estos personajes, de los que se aprovecha todo, desde un guión redondo hasta la frase que suelta cruzando un paso de cebra. Emite siempre la alegría de sorprenderse vivo cada mañana, un suceso que celebra con los amigos. Raramente se produce el caso de un gran creador que sea igual de divertido e imaginativo en su trabajo que en una conversación de sobremesa, cáustico y a la vez compasivo con las gentes quebrantadas por el río ciego de la vida. La Cartelera Turia es otro caso, como Azcona, que rompe el principio de Arquímedes. Los dos pesan más de lo que desalojan. Esta revista resume todo el espíritu valenciano: esa sensación tan mediterránea de que cualquier placer basta con desearlo para merecerlo; la espontaneidad de los sentidos y la inmediatez del pensamiento siempre en la cuerda floja entre lo exquisito y lo ordinario; el exabrupto brutal compartido con el vuelo de abeja del stradivarius; la escatología a medias con el viento en las velas de Ausias March. Muy lejos de la academia, Rafael Azcona se merece este premio solo porque también se merecería ser valenciano. Sería igual de genial si en vez de ser el mejor guionista de la historia del cine español tocara el bombardino en una banda.

cuperado y recreado con originalidad. Esta columna dedicada a Rafael Azcona es una versión breve de sus estampas más extensas. Tiene además un valor emblemático porque constituye un homenaje al excepcional guionista y al órgano que representa una manera de entender la cultura en libertad desde los últimos años del franquismo hasta el presente.

